

Estación

Oniria



Capítulo 1

Por fin, después de un largo viaje por carretera, había llegado a mi destino, la estación central de Westbrook, no eran más que dos pequeños bancos de madera desquebrajados por los años de lluvia, y unos estrechísimos railes rodeados de pequeños árboles frutales. Al fondo un enorme prado lleno de vida, y una enorme colina desde donde posiblemente se podría ver la ciudad a lo lejos.

Entraba la primavera, y eso hacía que el paisaje tuviese una gama de color realmente impresionante, amapolas, tulipanes, margaritas... todos ellos bien acompañados por un verde lleno de vida, y un precioso azul celeste propio de un magnífico día soleado.

A pesar de las maravillosas vistas que el entorno me atorgaba, decidí concretarme en lo que tenía en mente, había venido a trabajar, tenía que encontrar al anciano que según decían, vivía hace unos meses en esa misma estación, y del que aseguraban que su estado mental y físico era pésimo; Así que mi deber como policía era encontrarle, interrogarle y llevarle a comisaría a la espera de que se le asignará un asilo, o posiblemente, un centro psiquiátrico. Mi deber como policía... y pensar que de joven me consideraba un soñador, un hombre hecho para vivir libre, un loco capaz de hacer volar mi mente, y aquí estoy, en este pequeño pueblo muerto, aceptando ordenes de borregos sin cerebro... odiando mi vida, pero viviéndola sin más remedio.

Ensimismado en mis condenas personales, percibi a lo lejos, de pie en medio del prado verde, al que parecía el hombre que buscaba.

Se encontraba alzando sus brazos al cielo, como intentando agarrar el sol con sus propias manos, vestía unos pantalones vaqueros muy desgastados por el uso, tenía el torso al descubierto, y una larga melena gris caía por sus hombros.

¿Sería él?, posiblemente lo fuese, así que cruce las vías, atrevese el frondoso sendero de árboles frutales y caminé por el amplio prado hasta acercarme al anciano.

Parecía desnutrido y muy descuidado, se giro hacia mi, como si hubiese notado mi presencia y me miro a los ojos con descaró, arrojandome una sonrisa llena de esperanza.

Tenía un rostro de aspecto cansado, curtido por las largas horas al sol, una barba larga y grisácea que le daba el típico aspecto de vagabundo, sus ojos tenían un brillo incómodo, y al igual que su genuina

sonrisa, me resultaban extrañamente familiares.

- Hola señor agente, no debería preocuparse, no necesitará esas esposas, se lo prometo - volvió a sonreír sin quitarme la mirada de encima.

- Buenas tardes, debo hacerle unas preguntas, si es tan amable

- Buenas tardes - respondió haciendo una reverencia - debo darle unas cuantas respuestas, si es tan amable

Definitivamente, debía estar completamente loco, o al menos se comportaba como tal, decidí proceder con cautela, aunque por otra parte había algo que me decía que no debía tener ningún miedo e intentaba descubrir por que me sentía tan extrañamente cómodo.

- Quiere sentarse conmigo, hace un día increíble, no cree? - dijo el anciano perdiendo su mirada en el inmenso azul celeste y sentándose enfrente mía.

Decidí sentarme a su lado, sin pensármelo demasiado y creí que era el momento idóneo para interrogarle.

- ¿ Cómo debería llamarle ?

- ¿ Cómo le llaman a usted joven ?

- Me llamo George, señor

- George, me gusta su nombre, tiene fuerza, llameme así entonces

- Como prefiera, George, ¿ que hace en la estación de westbrook ?

- Bueno - sonrió levemente - supongo que lo que hacen todos, espero la llegada de un tren

- Según dicen lleva aquí más de tres meses, no cree entonces, que su versión, carece de sentido

- Bueno, no debería preocuparse joven, el tren que espero pasa hoy, por fin volveré a ver a mi amada Elisabeth de nuevo.

El anciano parecía extrañamente feliz, era evidente que no era agresivo, y que posiblemente lo que dijese formase parte de un recuerdo lejano, o de una invención propia, aun así, me sentí intrigado, quería preguntarle más, saber su historia, aunque estuviese loco, nunca sienta mal un pequeño ápice de locura.

- ¿ Quien es Elisabeth, George ?

- Ella... - se quedó pensativo, cabizbajo, deduciendo cuales son las palabras que debería utilizar - ¿ querría escuchar la historia que tengo que contarle joven ?

Todo mi ser sabía que debía decir en ese momento.

- Sería un verdadero placer George.

El anciano se levantó rápidamente, y me pidió que le siguiera con la mano, yo le seguí sin dudarle, había algo de esa historia que me atraía especialmente, y necesitaba conocerla a toda costa. Cruzamos el prado y las vías, y nos sentamos en uno de los dos bancos de la estación. El anciano se atusó la barba, carraspeó fuertemente y se dedicó a comenzar.

- Hace mucho tiempo, yo estaba sentado en este mismo banco, era joven, pero había perdido la ilusión y me sentía tan viejo o más que ahora, era policía, al igual que tú George, y aunque entré en el cuerpo con determinación, comencé a perder la esperanza en mi trabajo pronto, mi vida era monótona e insulsa, nada me hacía feliz, cada día era una copia idéntica del anterior. Este lugar, en cambio, me tranquilizaba, solía sentarme en este mismo banco durante horas, observando el hermoso paisaje que se me planteaba, observando los trenes llegar e irse, me gustaba imaginar la vida de la gente, sus profesiones, sus aficiones, lo felices que eran... se podría decir que en mis ratos libres me dedicaba a disfrutar de la vida de otros.

Un día como hoy, la conocí a ella en este mismo lugar, andaba distraído observando a los demás y sus curiosas manías, sus idas y venidas, y retraído en mi mundo me choque con ella, cuando alzé la cabeza creí haber muerto y estar contemplando el paraíso. su melena morena recogida en una coleta, sus ojos verdes, que me miraban llenos de vida, su sonrisa te hacía pensar que la vida podría ser maravillosa. Me disculpe como pude, ya que casi no me salían las palabras, y avergonzado decidí sentarme en mi banco predilecto, mirandola de reojo, y viendo como se sentaba a mi lado, y se presentaba, Elisabeth... ese era su nombre, hablamos durante horas, atardeció y posteriormente anocheció, me hacía sentirme como el niño que un día fuí. Me contó que desde que era pequeña había soñado con viajar por el mundo, así que decidió ser arqueóloga. A sus 25 años ya había viajado por Egipto, Asia, África, tantas cosas maravillosas vistas, tantas cosas maravillosas por ver, ¿ cómo iba a poder fijarse en mí alguien así ?. A pesar de mi opinión al respecto, ella si vió algo en mí, aunque nunca supe bien por que, decidió conocerme, pasar tiempo conmigo, enseñarme cosas que solo alcanzaba a entrever en sueños, y cuando tenía que viajar de nuevo, me prometía que volvería, y siempre volvió, para contarme nuevas historias increíbles, para hacerme

feliz otro día más. Pasaron los años, los años más felices de mi vida, nos casamos, tuvimos una preciosa hija, sofía, por supuesto, heredó la vitalidad y los ojos verdes de su madre. Fuimos haciendonos viejos, y ella se olvidó de sus viajes, de sus historias de un mundo aún por descubrir, me hizo feliz cada día de su vida, pero yo veía como perdía la ilusión en cada amanecer, sus ojos fueron perdiendo ese brillo, su sonrisa se fue marchitando, y su alma, enjaulada, perdiendo la vida.

No me quedo más que sentirme culpable... que llorar amargamente cuando supimos por los médicos que se trataba de alzheimer. ¿ Olvidaría todo realmente ? no quería saberlo, no podía verlo, no podría aguantarlo... ella se fue, con todos sus recuerdos, sus historias de libertad, su sonrisa... y solo me quedó su recuerdo, mi deseo de darle la vida que hubiese deseado, fuera de esta ciudad de polvo, de estos muros que ella nunca vió, pero que comprendió y decidió tomar también como suyos, Elisabeth... aquí estoy sentado, como aquel primer día que te conocí, esperando a ese tren del que te bajas y te vea de nuevo, esperandote a ti George.

- ¿ Esperandome a mí ?, ¿ Cómo dice ?

- Huye de todo, deja tu trabajo, tu vida monótona e insulsa, olvida estos muros de los que nunca saliste, olvida las cadenas que te retienen, olvidalo todo por ella, George, dale la vida que yo me negue a darla, haz que su alma nunca muera, hazlo ahora que el tren llega de nuevo.

Me levanté del banco contrariado, sorprendido, con mil preguntas en la cabeza, me aparté rápido del anciano, que me miraba con una sonrisa nostálgica, escuché el sonido del tren parando en la estación de Westbrook, caminaba para atrás torpemente, repitiendome a mi mismo lo que había pasado, repitiendome la palabra imposible, negandome a creer en tal contradicción.

Fue ahí cuando me caí al suelo, y cuando eché la mirada hacía el banco, no había nadie, el anciano había desaparecido, y una voz de mujer sonó a mis espaldas.

- ¿ Está usted bien ? - Me decía mientras me tendía la mano -Su cabello moreno, recogido en una coleta, sus ojos, verdes, llenos de vida, su sonrisa, que me hizo creer en que todo podría ir mejor

- ¿ Elisabeth ? - pregunté sin pensar -

- Vaya es usted muy observador, quizás llevar el nombre en la maleta no es tan buena idea, ¿ no creé ? - soltó una risilla inocente, mientras sus ojos verdes me dejaban sin respiración.

y nos sentamos en ese banco de la estación de Westbrook, y hablamos durante horas, mientras veíamos el sol caer a lo lejos, mientras contaba sus historias de un mundo por descubrir, yo soñaba con que algún día, esas historias fuesen de los dos.